

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

El sujeto fuera-de-sí: intersecciones entre lenguaje, erotismo y muerte. La apuesta por una epistemología radical en el pensamiento de G. Bataille.

Tomasella, Aldana.

Cita:

Tomasella, Aldana (2024). *El sujeto fuera-de-sí: intersecciones entre lenguaje, erotismo y muerte. La apuesta por una epistemología radical en el pensamiento de G. Bataille*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/64>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/rAA>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SUJETO FUERA-DE-SÍ: INTERSECCIONES ENTRE LENGUAJE, EROTISMO Y MUERTE. LA APUESTA POR UNA EPISTEMOLOGÍA RADICAL EN EL PENSAMIENTO DE G. BATAILLE

Tomasella, Aldana

CONICET - Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Consideramos que el pensamiento batailleano puede ser leído como una analítica del espacio ex-puesto por su crítica radical a la subjetividad moderna. En ese sentido, su apuesta epistemológica, implica el desafío por pensar una finitud radical, La figura de la finitud se da al lenguaje como silencio. Por consiguiente, el espacio experiencial abierto por la desnudez del lenguaje, no se reducirá al conocimiento, sino que, más bien, conducirá al movimiento de su propia pérdida. Es en las efusiones del erotismo, donde Bataille encuentra aquella experiencia que anima una existencia que no se despliega en su vuelta a sí misma, como un sujeto-para-sí coherente y cerrado sobre sí, sino como éxtasis —extensión-fuera de sí. Consideramos que esa figura de muerte no puede ser pensada como una aniquilación opuesta a la vida en su proliferación. Sostenemos que, esa muerte debe ser entendida como espacio de ruptura del sujeto en su individualidad y de apertura de posibilidades de formas diferentes de subjetividades fragmentarias, en las que cabe pensar que el sujeto ya no sea dado en sus relaciones constitutivas, en lo que tiene de idéntico a sí mismo.

Palabras clave

Silencio - Muerte - Erotismo - Subjetividad

ABSTRACT

THE SUBJECT OUT-OF-ITSELF: INTERSECTIONS BETWEEN LANGUAGE, EROTICISM AND DEATH. THE COMMITMENT TO A RADICAL EPISTEMOLOGY IN THE THOUGHT OF G. BATAILLE

We consider that Bataillean thought can be read as an analytic of the space ex-posed by his radical critique of modern subjectivity. In that sense, his epistemological bet, implies the challenge to think a radical finitude, The figure of finitude is given to language as silence. Consequently, the experiential space opened by the nakedness of language will not be reduced to knowledge, but rather will lead to the movement of its own loss. It is in the effusions of eroticism that Bataille finds that experience which animates an existence that does not unfold in its return to itself, as a coherent subject-for-itself and closed in on itself, but as ecsta-

sy-extension-outside itself. We consider that this figure of death cannot be thought of as an annihilation opposed to life in its proliferation. We maintain that this death must be understood as a space of rupture of the subject in its individuality and of opening of possibilities of different forms of fragmentary subjectivities, in which it is possible to think that the subject is no longer given in its constitutive relations, in what is identical to itself.

Keywords

Silence - Death - Eroticism - Subjectivity

I. Una epistemología radical: la apuesta por llevar la muerte al conocimiento

Podemos decir, bajo los términos de la célebre expresión foucaultiana, que en un gesto de «indocilidad reflexiva», ha sido Georges Bataille quién ha llevado el diagnóstico nietzscheano de la muerte de Dios hasta sus últimas consecuencias. En cuanto que, si en la Modernidad, el límite de lo ilimitado había desaparecido, entonces, el pensamiento filosófico debía hacer desaparecer también todas las sombras de Dios, entre ellas, la pretensión de hacer de esa muerte la ocasión para instalar la finitud humana en el lugar del fundamento. En efecto, consideramos que el pensamiento batailleano puede ser leído como una analítica del espacio ex-puesto por su crítica radical a la subjetividad moderna, característica de la filosofía de su época, cuya base era un antropologismo esencialista. En ese sentido, su apuesta epistemológica, implica el desafío por pensar una finitud radical, esto es, un lenguaje no dialéctico en el que quepa decir, a la par, la finitud y el ser. La epistemología batailleana es una apuesta radical por introducir la violencia de la muerte en el lugar del conocimiento, sosteniendo que allí donde el conocimiento buscaba el ser, encontró lo inacabado:

“Como en el sueño, más oscuro, del volcán, era siempre la muerte -la muerte temida y deseada justamente, hecha en su esencia de esa grandeza vacía y de esa risa intolerable que son accesibles en sueños-, era siempre la muerte proponiendo el salto, la potencia de unirse a algo desconocido perfectamente negro, que verdaderamente nunca será conocido, y cuya seduc-

ción, que no le cede a la de los colores más acariciantes, está hecha de que nunca tendrá nada, ni la más pequeña parcela de algo conocido, puesto que es el aniquilamiento del sistema que tenía el poder de conocer.” (1974: 62)

En “Prefacio a la transgresión” [1963], Foucault, destaca parafraseando a Bataille en *La experiencia interior* ([1943] 1986) que, con todos los ambages y retornos de su producción, este ha tenido la intención de transitar la actitud crítica de ponerlo todo en cuestión, sin reposo admisible, y, señalar, “allí donde se encuentra, en su máxima proximidad, el «ser sin dilación» [être sans délai]” (1999: 169). En esa línea, Bataille, en un intento de clarificación del movimiento de su propio pensamiento, nos dice en *El erotismo* [1957]:

Dar la transgresión como fundamento de la filosofía (tal es el rumbo de mi pensamiento) es sustituir el lenguaje por una contemplación silenciosa. Es la *contemplación del ser en la cima del ser*. El lenguaje no ha desaparecido de ningún modo. ¿Sería accesible la cima si el discurso no hubiera revelado sus accesos? Pero el lenguaje que los describió ya no tiene sentido en el *instante* decisivo, cuando la misma transgresión en su movimiento sustituye a la exposición discursiva de la transgresión. Entonces un momento supremo se añade a estas apariciones sucesivas: en ese momento de profundo silencio -en ese momento de muerte- se revela la unidad del ser, en la intensidad de las experiencias donde su verdad se despega de la vida y de sus objetos. En la introducción de este libro, esforzándome -en el plano del lenguaje- en proporcionar a este momento supremo un acceso comprensible, lo he vinculado con la intuición de la *continuidad del ser* (2003: 269; énfasis original).

De la cita se desprende que, el silencio es el espacio de duelo y verdad del ser. Ese silencio, al que nos introduce Bataille que, colmado de la profundidad que concede un viento que vacía, expresa la experiencia de *continuidad del ser*, la cual, no se reduce al conocimiento, en tanto la cima es también una cima, por lo que, en él alcanza su cumbre y decadencia, “un lugar de perdición, de sin-sentido” (1986: 13)

En efecto, el momento supremo se da en el silencio y, el silencio es un momento de muerte, que no es pasible de ser expresado por el lenguaje articulado, en cuanto no es posible de la muerte hacer obra, extraer sentido positivo. Por lo tanto, no se trata de una muerte productora de sentido, de la cual es posible extraer una verdad que contenga un contenido positivo, pero, mucho menos, de una muerte pensada como anulación, como calma. La muerte, aquí, figura como un movimiento de alteración de sí mismo y del presente al que se pertenece: la destrucción de un estado de cosas, de un orden concreto y, por ello mismo, como transformación en algo del todo distinto.

Sin embargo, el mismo Bataille nos advierte que “*la palabra silencio es también un ruido*” (1986: 23). Y nos dice: “¿[q]ué sería de nosotros sin el lenguaje? Nos hizo ser lo que somos. Sólo él revela, en el límite, el momento soberano en que ya no rige. Pero al final el que habla confiesa su impotencia.” (2003:

270), porque, en definitiva, sólo la razón discursiva tiene el poder de deshacer su obra y demoler el edificio que ella misma construyó. Por consiguiente, Bataille va a intentar, una y otra vez, introducir “el soberano silencio que interrumpe el lenguaje articulado” (1986: 191). “*Pero silencio querido, no para ocultar, más bien para expresar con un grado más de desprendimiento. La experiencia no puede ser comunicada sin lazos de silencio, de ocultamiento, de distancia, no transforma los que ella pone en juego.*” (1986: 39).

En *La experiencia interior*, Bataille considera que alcanzar la *continuidad del ser* supone “un desgarramiento extremo, tan profundo que sólo el silencio del éxtasis le responde.” (1986: 117). Por lo que, estas experiencias de continuidad, Bataille las va a nuclear bajo el nombre de «experiencia interior» y refieren a “los estados de éxtasis” (1986:13), de extensión-fuera de sí. Por ello, la interioridad en Bataille no debe confundirse con la privacidad, la interioridad tiene que ver con la experimentación de la comunicación extática. La experiencia interior abre una existencia que no se despliega en su vuelta a sí misma, como un sujeto-para-sí coherente y cerrado sobre sí, sino que aparece como éxtasis, como extensión-fuera de sí. Con lo cual, aquello que se sacrifica en el éxtasis silencioso, es el sujeto como individualidad aislada, el ser encerrado en el *yo*, en tanto, para Bataille “[e]l «sí mismo» no es el sujeto que se aísla del mundo, sino un *lugar de comunicación*, de fusión del sujeto y el objeto.” (1986: 19; énfasis propio). “la comunicación es un hecho que no se sobreañade en modo alguno a la realidad-humana, sino que la constituye.” (1986: 35), constituye la re-unión de lo separado por la discursividad del lenguaje racional: sujeto y objeto.

II. Una ontología de la crítica

Es Foucault (1999), quien sostiene que el pensamiento batailliano comprende un movimiento que implica -a la vez- una *crítica* y una *ontología*, o más bien, una ontología de la crítica, esto es, la posibilidad de un pensamiento que mediante un único movimiento absoluto supone una interrogación y un cuestionamiento del ser y de su límite, y que, lejos de representar la vuelta o el cierre del sujeto sobre sí en pos de la ganancia de un conocimiento, supone la apertura infinita a la experiencia de su ser inacabado.

Esta ontología de la crítica, tiene como base una apuesta epistemológica, que se encuentra enraizada en dos concepciones fundamentales: «negatividad sin empleo» (2005) y «gasto improductivo» (2003). Ambas regidas por el principio de pérdida, el cual postula una negatividad que conduce al sin-sentido, esto es la negación del sentido entendido como una identidad totalizante coherente a sí misma. En esos términos, la negatividad no devuelve ganancia de la conciencia, sino que traza un reconocimiento desgarrado, que nunca es total y no posee cierre definitivo. Por consiguiente, para captar su sentido es necesario hacer la experiencia de ese silencio porque “[s]ólo desde dentro, vivida hasta el trance, aparece uniendo lo que el pensamiento

discursivo debe separar” (1986: 19): sujeto que conoce y objeto a conocer.

En su ensayo “El no-saber” [1953], Bataille, se encarga de afirmar que el sin sentido, el no-saber no es la nada, o por lo menos la nada como aquello ordenado según la dirección prevaleciente de la razón (2001: 250). El vacío incongruente del silencio no refiere la nada ontológica «néant», por el contrario, Bataille nota la peculiaridad del término en la lengua francesa, que parte de la palabra *rem* -que quiere decir “cosa”- para darle el sentido de la *nada* [*rien*] (2001: 356). De ello se sigue que, si el ser *nos* es dado en la discontinuidad, “en el lugar del *ser*, no hay *nada*. Al menos no hay *nada* que pudiéramos captar y concebir. He supuesto que la continuidad aparecía en el instante en que se perdía: lo cual quiere decir que no aparecía *nada*. O más bien, su desaparición sucedía a la aparición de algo. Dicho de otro modo, el ser nunca es captado, objetivamente captado, si no como una cosa” (2001: 354-355). De modo que, el elemento aprehensible de la experiencia es captado negativamente, en la negatividad absoluta, lo que captamos es la nada, el silencio que deja tras de sí. De lo dicho, se desprende que el ser no sale de sí mismo más que a condición de ya no ser; es precisamente allí donde se juega la posibilidad de una trascendencia *no desde*, sino *de la* inmanencia. Una trascendencia que no supone lo contrario a la inmanencia, sino su propio fuera, su éxtasis.

La muerte, para Bataille, “tiene el sentido de la continuidad del ser” (2003:11). Y, por consiguiente, figura como un movimiento de alteración de sí mismo y del presente al que se pertenece: la destrucción de un estado de cosas, de un orden concreto y, por ello mismo, como transformación en algo del todo distinto. La muerte batailleana crea *comunicación*, no como algo que pone en relación lo que *es* sino el ser mismo como *relación*. En sus palabras:

[e]n la medida en que las existencias parezcan perfectas, acabadas, siguen estando separadas, cerradas sobre sí mismas. No se abren sino por la herida del inacabamiento del ser en ella. Pero mediante lo que es posible llamar inacabamiento, desnudez animal, herida, los seres numerosos y separados unos de otros *se comunican* y es en la *comunicación* de uno al otro donde cobran vida perdiéndose (2018: 219).

Esta idea de muerte como proceso y transformación o, en todo caso, como *proceso de transformación vital*, como algo móvil, que inquieta, que genera movimiento y transformación, de entre todas las experiencias interiores de las que Bataille da cuenta: el erotismo, la risa, la fiesta y la poesía; es la esfera erótica la ratificación de la vida hasta en la muerte (2003: 9).

III. Desear perder: una ética del coraje

Para Bataille, la suprema interrogación filosófica coincide con la cima del erotismo (2009: 277), en tanto que, el erotismo supone, el reverso de una fachada que nos permite acceder al secreto del ser a través de la violencia de la muerte. En el éxtasis erótico, “[s]ólo el ser discontinuo muere; [con lo cual] la muerte

revela la mentira de la discontinuidad.” Individual en la que se veía encerrado (2009: 103; el agregado es nuestro). En ese sentido, en su libro *El Erotismo*, más precisamente, en el capítulo 8 “Del sacrificio religioso al erotismo, en su apartado “La comparación antigua del sacrificio con la unión erótica”, sostiene que “lo que la violencia exterior del sacrificio revelaba era la violencia interior del ser tal como se discernía a la luz del derramamiento de la sangre y el surgimiento de los órganos.” (2009: 96). Sin embargo, con el cristianismo y la piedad se abandonó la voluntad de acceder al secreto del ser a través de la violencia, en tanto la piedad preserva lo que hay. En cambio, la curiosidad propia del deseo, se encuentra vinculada al coraje de soportar las verdades dolorosas que constituyen nuestra existencia. En efecto, el sacrificio del ser constituido en la discontinuidad otorga nacimiento a su continuidad, espacio de comunicación íntima, ausencia de particularidad:

“El sacrificio vinculaba el hecho de comer con la verdad de la vida revelada en la muerte. Suele ser propio del acto del sacrificio el otorgar vida y muerte, dar a la muerte el rebrote de la vida y, a la vida, la pesadez, el vértigo y la abertura de la muerte. Es la vida mezclada con la muerte, pero, en el sacrificio, en el mismo momento, la muerte es signo de vida, abertura a lo ilimitado. Actualmente el sacrificio no pertenece al campo de nuestra experiencia; así que debemos sustituir la práctica por la imaginación.” (2009: 97)

La experiencia erótica en Bataille tiene dos particularidades que resultan importantes de resaltar. En principio, que el deseo erótico no tiene que ver con la falta sino con la pérdida, con la ruptura. Y, en ello, radica esta necesidad de la muerte como figura de disolución de la individualidad y constitución en sujetos de deseo, radicalmente opuesta a la idea de utilidad, de adquirir y conservar. El deseo, para Bataille, será siempre y necesariamente deseo de perder, de un movimiento que no conserva, sino que pierde y transforma. Al tener el sentido de la continuidad del ser, la muerte no es mera aniquilación, es el ámbito en el que la discontinuidad entre los seres desaparece. El movimiento del deseo, que no es otro que el movimiento de la pérdida es para el ser un medio de *morir sobreviviendo*. En palabras del propio Bataille:

“Una pérdida parcial es para el ser un medio de morir sobreviviendo. Es una locura querer evitar el horror de la pérdida. El deseo llama al horror posible -en el límite de lo intolerable-. Se trata de aproximarse a la muerte hasta tan cerca como pueda soportarse. Sin desfallecer -si es preciso-, incluso desfalleciendo. ...y, si es preciso, incluso muriendo.” (1974: 114-115)

De modo que, en el juego de esa economía del exceso donde la vida se da como el sol: en llamas (2009: 97), el deseo erótico es *lazo de comunicación* porque no refiere a algo que falta sino a una pérdida que obliga al ser a salir por fuera de sí mismo, a buscar más allá de sí mismo, en cuanto, la comunicación sólo ocurre entre dos seres que se ponen en juego, o más bien, que se exponen en juego. Y de allí, el carácter *curioso* del

deseo batailleano, que introduce cierta cierta ética del coraje para enfrentar la angustia como único camino para el pensamiento, para enfrentar el sentido desgarrador de la verdad del ser que exige su abandono. La curiosidad en el erotismo tiene un sentido desgarrador. Y aquí, es muy interesante la diferencia que establece Bataille entre deseo y placer: la búsqueda de del deseo es curiosa y requiere coraje porque el deseo está ávido de no saciarse jamás, razón por la cual genera movimiento. Sin embargo, la búsqueda de placer es cobarde, en cuanto que, pretende el apaciguamiento. Si bien, pone de relieve la idea de que el deseo en principio debe ser necesariamente mentiroso, el deseo debe siempre “desear lo imposible. Si no, el deseo se saciaría, el deseo moriría.” (1974: 181). Es precisamente el exceso de vida y de fuerza en él, que hace cómplice al ser lo que le aniquila. En referencia a estas afirmaciones, resulta elocuente citar un párrafo de “El Aleluya” [1947]:

“El fantasma del deseo es necesariamente mentiroso. Lo que se da como deseable está enmascarado. La máscara cae un día u otro y en ese momento se desmascaran la angustia, la muerte y el aniquilamiento del ser percedero. En verdad, tú aspiras a la noche, pero es necesario dar un rodeo y amar rostros amables. La posesión del placer que anunciaban estos rostros deseables pronto se reduce a la posesión desarmante de la muerte. Pero la muerte no puede ser poseída: ella desposee. Es por lo que el lugar de la voluptuosidad es el lugar de la decepción. La decepción es el fondo, es la última verdad de la vida. Sin la decepción agotadora -en el mismo instante en que fallan las fuerzas- no podrías saber que la avidez de gozar es la desposesión de la muerte.

Lejos de ser una cobardía, la búsqueda del placer es la avanzada extrema de la vida, el delirio de la audacia. Es la astucia que utiliza en nosotros el horror de ser saciado.” (1974: 180)

La segunda particularidad, es la explícita y desgarradora idea de que para Bataille “[e]l terreno del erotismo es esencialmente el terreno de la violencia, de la violación.” (2009: 21). El arrancamiento del ser respecto de la individualidad discontinua que está en nosotros es siempre de lo más violento y lo más violento para nosotros es la muerte, la cual, precisamente, nos arranca de esa obstinación que tenemos de ver durar el ser discontinuo que está en nosotros. Con lo cual, para que exista continuidad algo de ese ser constituido se tiene que romper. En efecto, lo que está en juego no es una mera disolución de bordes (como mimetismo animal), es la violación del ser constituido para la discontinuidad (2003b: 15). Lo que se viola es el ser constituido como unidad indivisa y racional, la ruptura está en el sujeto mismo, que sale fuera de sí, sin que conlleve una vuelta dialéctica, su vuelta es una transformación, una alteración. La comunicación íntima que pone en juego toda operación erótica “tiene como principio una destrucción de la estructura del ser cerrado” (2009: 22) sobre sí, esa comunicación plena es comparable a las llamas, la descarga eléctrica silenciosa de un rayo: “Lo esencial es el instante de violento contacto en que la vida

se desliza de uno a otro”.

Por último, me gustaría subrayar la idea de que el juego erótico exige atravesar *la vida que hay en la muerte* o, en otras palabras, atravesar la muerte como un *proceso de transformación vital*, en cuanto, refiere a una muerte que exasperando la vida no la hace cesar. En ese sentido, en relación al vínculo que existe entre el orgasmo y la muerte, creo que Bataille es muy preciso en uno de sus estudios sobre el erotismo, titulado “Mística y sensualidad”, nos dice:

“Este deseo de zozobrar, que embarga íntimamente a cualquier ser humano, difiere no obstante del deseo de morir por su ambigüedad: es sin duda deseo de morir, pero, al mismo tiempo, es deseo de vivir, en los límites de lo posible y de lo imposible, con una intensidad cada vez mayor. Es el deseo de vivir dejando de vivir o de morir sin dejar de vivir, el deseo de un estado extremo que quizá sólo santa Teresa describió con bastante fuerza con estas palabras: «¡que muero porque no muero!». Pero la muerte por no morir precisamente no es la muerte, sino el estado extremo de la vida; si muero por no morir es con la condición de vivir: muerte es lo que experimento al vivir, al seguir viviendo. Santa Teresa zozobró pero en verdad no murió del deseo que tuvo de zozobrar realmente. Perdió pie, pero lo único que hizo fue vivir de forma más violenta, tan violenta que pudo decir que estuvo en el límite de morir, pero de una muerte que, exasperando la vida, no la hacía cesar.” (2009: 245)

De modo que, la muerte es aquello de lo que es imposible hacer obra, en cuanto es experiencia misma de comunicación, de comunión. En ella, lo que se comparte la pérdida, el inacabamiento del ser en ella. Pero, asimismo, el inacabamiento no sólo es condición de la comunicación, sino que la comunicación es *inacabamiento*. La muerte que me abre a la existencia, nos dirá Bataille, no es la mía sino la del otro: aquella que en todo caso no puedo nunca asumir. Por lo que en la imposibilidad misma de compartir con el otro su muerte, se encuentra la desgarradura, desde siempre ya abierta en la *com-parecencia* de nuestra finitud, el “entre” nosotros del “ser-en-común”. En ese sentido, la muerte tiene algo de secreto, de misterioso y el misterio tiene que ver con el silencio: hay que experimentarlo. De tal modo, lo que hay es una comunicación íntima, afectiva relacionada con el sentimiento de compasión, de sufrir con el otro. Es de su silencio que es posible hacer de la muerte una exaltación de la vida *en común*. Pues es allí donde se cobra vida perdiéndose, «sacrificando» su ser individual, porque la existencia comienza con las conversaciones, las risas compartidas, el goce compartido, se vivifica en todo aquello que sólo tiene lugar *al pasar de uno a otro*, como si no existiese tabique divisorio. En esos instantes fugaces en los cuales aparece la *continuidad*.

En el caso de las efusiones eróticas, que sustituyen el aislamiento del ser por un sentimiento de profunda continuidad, tienen como fin la destrucción de la estructura del ser cerrado en sí mismo: del sujeto individual y aislado. Con lo cual, mediante la negación del aislamiento del *yo*, en el goce apasionado con el

otro, se genera una *fusión entre sujeto y objeto*. La fusión que se da en el erotismo constituye, al mismo tiempo, una disolución, lo que lleva a Bataille a afirmar que la plena manifestación del ser exige su abandono. Es por eso que, si bien constituye una experiencia interior en la que cada ser contribuye a la negación que el *otro* hace de sí mismo -negación que no conduce a un intercambio, siquiera a un reconocimiento del otro- es un movimiento interno que, en ambos lados, “obliga a estar *fuera de sí*, es decir, fuera de la discontinuidad individual.” (2009: 108). En el placer sexual lo que se juega es la *plétora del otro*, la herida expuesta del otro, el angustioso éxtasis que nos arranca de la obstinación que tenemos por ver durar el ser discontinuo que somos. El punto doloroso en que la vida coincide con la muerte.

(In)conclusiones

Se entiende, entonces, que la muerte de la que nos habla Bataille no es la muerte física, en tanto, no es posible tener experiencia de la muerte sino experiencia del *sentimiento de la muerte*, en aquellos momentos en que parece que morimos. En sus palabras:

El ser nos es dado en una superación *intolerable* del ser, no menos intolerable que la muerte. Y puesto que, en la muerte al mismo tiempo que es ser nos es dado, nos es quitado, debemos buscarlo en el *sentimiento* de la muerte, en esos trances intolerables en los que nos parece que morimos, porque el ser ya no está en nosotros más que como exceso, cuando coinciden la plenitud del horror y la del gozo. (2003: 264)

De ese modo, Bataille afirma que no hay forma de ver directamente al ser sino en esos instantes de comunicación, “el ser no es nunca *yo solo*, es siempre *yo y mis semejantes*” (1996:110). Sólo el ser discontinuo muere y, esa muerte, revela la mentira de la discontinuidad, en tanto que, en verdad, “(e)l «sí mismo» no es el sujeto que se aísla del mundo, sino un *lugar de comunicación*, de fusión del sujeto y el objeto.” (1986: 19; énfasis propio). Lo que se comunica no es una sustancia, es una pérdida fulgurante: la pérdida de la individualidad.

Podríamos decir que, la erótica batailleana enseña una filosofía del sufrimiento, en tanto se sufre a la vez una pérdida y una transformación: el sufrimiento de la ruptura de la unidad del sujeto. Pero sin el sufrimiento de esta verdad cruda y dolorosa, no se accedería al secreto del ser y, por consiguiente, no habría ni movimiento ni transformación. Me abro a la comunicación afectiva arruinando la integridad del ser en mí, con lo cual, la muerte y la violencia del ser son fuente de vida. El reverso de la muerte erótica es el nacimiento de una analítica de subjetividades fragmentarias, o incluso, como consecuencia de la desdicha compartida el ser particular se re-encuentra pero ya ha perdido la apariencia aprehensible unida a límites precisos.

De modo tal, la muerte erótica debe ser entendida como un espacio de ruptura y de apertura: ruptura del sujeto en su individualidad y de apertura de posibilidad de una intersubjetividad, en las que cabe pensar que el sujeto ya no sea dado en sus

relaciones constitutivas, en lo que tiene de idéntico a sí mismo, a partir de la cual muchas otras formas puedan llegar a *ser*. Es por eso que, si nos separa aquel abismo que es la muerte, y ella misma tiene el sentido de la continuidad, lo único que podemos hacer es sentir *en común* el vértigo del abismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bataille, G. (1974). *El Culpable*. Taurus.
- Bataille, G. (1981). *Teoría de la Religión*. Taurus.
- Bataille, G. (1986). *La experiencia interior*. Madrid: Taurus.
- Bataille, G. (2001). *La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1944-1961*. Adriana Hidalgo editora.
- Bataille, G. (2003). *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*. Adriana Hidalgo editora.
- Bataille, G. (2005). “Carta a X., encargado de un curso sobre Hegel”. En *Escritos sobre Hegel*, (pp. 83-88). Arena Libros.
- Bataille, G. (2009). *El erotismo*.
- Bataille, G. (2018). *Sobre Nietzsche: Suma ateológica III*. El cuenco de Plata.
- Foucault, M. (1999). “Prefacio a la transgresión”. En *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, Volumen I*, (pp.161-180). Paidós.